

Galería

Waldo Leyva

personal

EL POTRO
(óleo sobre tela)*Para Frómata, pintor*

Quien pasa frente al lienzo sólo reconoce la penumbra del amanecer, esa niebla, entre violeta y rojo, que es la huella de la noche que se escapa. Si te detienes frente al lienzo descubrirás el brillo de los ojos, los redondos agujeros de la nariz, jadeante el belfo, las orejas pegadas a la nuca, el pecho poderoso deshaciendo las sombras, el braceo incesante de las manos: una pezuña afincada en la tierra y la otra clavada en la distancia por venir. La crin nace del viento y el caballo del alba.

NATURALEZA MUERTA I
(óleo sobre tela)

Al fondo y en penumbra, un girasol naciendo de algún sitio que no indica la tela; el verano ha escapado de sus pétalos y la ausencia del sol es para siempre. En la margen izquierda, una papaya verde; al centro y un poco a la derecha, un zapote partido y el cuchillo detrás de la granada que estalla junto a un ramo de inexplicables rosas y de hortensias azules. ¿Quién trajo la manzana para el cuadro? ¿Por qué el cuerpo del gato que se escapa hacia el sur del pincel, si falta el candelabro y los paños de raso y las aves desangrándose en la fuente de cerámica noble?

La luz, el polvo y el dedo en el anillo, están en otro lienzo.

*Para Roberto Fabelo
y Nelson Domínguez, poetas.*

EL MALECÓN
(boceto de acuarela)

Como entrando en la piedra, hecho de un solo trazo, el hombre se disuelve en el paisaje. Para el mar es el cuadro y lo domina. Puede sentirse el golpe de las olas en la raíz del muro. Hoy está quieto. Tiene el tinte violeta que da el atardecer cuando se pierde el sol. El cielo es suyo y debe olerse el aire cuando empieza a trasladar el mar a las ventanas. La ciudad, aunque esté fuera de la tela, tiene que verse, el hombre está escapando de sus ritos.

NATURALEZA MUERTA II
(óleo sobre tela)

No hay un nido de pájaros, ni una tela de araña, ni acaba de pasar el viento de la tarde. En la copa del árbol ya no hay hojas que detengan la lluvia. El tronco es una línea oscura que viene del pantano indicando el espacio y la caída. Detrás del entramado de madera, el cielo se fragmenta sobre el agua estancada. A lo lejos, señalando los límites del lodo, unos brotes rastreos signados por la muerte. ¿Quién dejó esas naranjas que están como al descuido, indicando, desnudas, el sitio de la luz?



Homenaje a Tlatelolco



Dueto



Rosa tú, melancólica



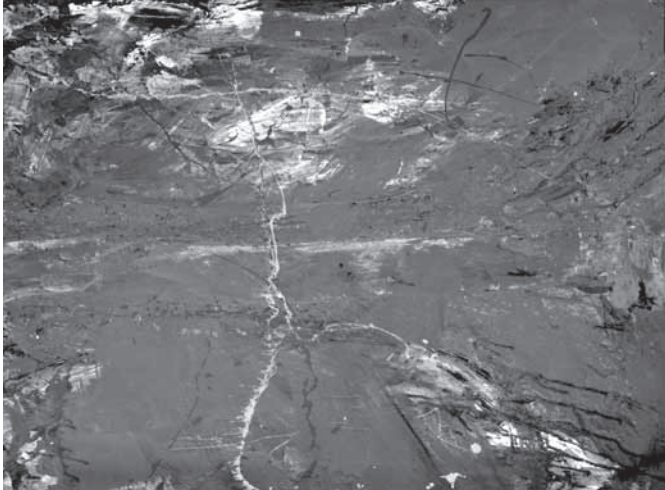
Utopía



Con los ojos cerrados



El aire esta lleno de sonidos



Cierto color violeta y la partida

LOS PAYASOS (óleo sobre tela)

Para Roberto Fabelo

¿De dónde vienen los payasos?
¿Por qué están ahí, junto a la mujer
que canta desde el fondo de su propia tristeza?

Dejen la flauta, no la toquen,
que venga el viento de noviembre
y se vuelva música en su cuerpo frágil,
que el otoño se rompa sobre el lienzo.

¿Dónde está Dunia?
¿Por qué esconde su corazón en el paisaje?

Nadie podrá explicarlo,
pero el cuadro está ahí, inconcluso.
El espacio vacío
es la región más expresiva de la tela.

Estamos en mil novecientos ochenta y tres,
desde la noche de Moscú
viene la voz de la mujer que canta
y envejece.

Inevitable será el amanecer.

CONTRASTE, O GRIS RESUELTO EN BLANCO (técnica mixta)

Para Miguel Díaz Reinos

Sólo dos manos en el centro del cuadro:
una mostrando el dorso, dibujada hasta el más mínimo
detalle,
viva, en el instante mismo de iniciar el movimiento
de cerrarse, de aprisionar, de sostener sobre el vacío
el cuerpo que no está.
La otra de frente, las líneas de la vida y de la muerte
trazadas
con el mismo pincel, sin accidentes, blanca y disolviéndose
en el gris.
No hay manchas, ni huellas del calor que deja el roce
en la memoria de la piel. No es el último gesto detenido
ni es posible encontrar en esa mano un mínimo temblor,
una gota de sangre que se escapa.
¿Cuál es el sexo de estas manos?
¿Pertenece las dos al mismo cuerpo?
¿Es una sola mano que nos muestra su anverso y su
reverso?

HIPERREALISMO (acrílico sobre tela)

Acaba de llover. El cielo limpio. Desde el fondo se
precipita
un río que borra las aceras. Una hoja de almendro, con
todos
los colores del otoño, precede en el naufragio del desagüe
al barco de papel color violeta que nació destinado al
remolino.
¿Cómo serán los ojos de la muchacha que está tras la
ventana,
oculto el rostro por la humedad del agua en el cristal?
¿Sólo mira la nave que se aleja, o el detalle del hombre que
se pierde —para siempre de espaldas— por el extremo
opuesto
de la tela?
Se necesita un perro abandonado, cierta mujer con un
paraguas rojo
y el niño que hizo el barco y lo soltó.

Pero el pintor es ése que se escapa. ☒

Waldo Leyva (Remates de Ariosa, 1943). Escritor y artista plástico cubano. Es uno de los poetas más conocidos en Cuba. Ejerció la docencia como profesor de Estética y de Literatura Cubana e Hispanoamericana. Fue fundador y director de varias revistas culturales, *Del Caribe* y *Letras Cubanas*, entre otras. Con su obra *El rumbo de los días* ganó en el 2010 el X Premio Casa de América de Poesía Americana y en 2012 le fue otorgado el premio Internacional de Poesía Víctor Valera Mora del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (CELARG), de Venezuela, por su antología *Cuando el cristal no reproduce el rostro*. Fue director de la Casa del Alba. Es actualmente Consejero Cultural de la Embajada de Cuba en México. Es miembro del Concepto Editorial de *Archipiélago*.



LA GORGONA QUE LLEVAMOS DENTRO¹

Gustavo Viniegra González

De repente, frente a ella apareció el espejo. Era demasiado tarde. Su cara quedó petrificada segundos antes de que le llegase el imparable golpe de la espada. Teseo había de dominar al monstruo mientras las víboras se retorcían, sintiendo su fin sobre la cabeza sangrante. El monstruo había quedado con el grito congelado de horror al verse, ella misma, petrificada a causa de su maléfica mirada. Una vez más, había triunfado la astucia sobre las fuerzas del mal. Así, con la cara espantada, la mirada incrédula y el grito ahogado, la famosa Gorgona pasó a la historia.

Poetas sin número cantaron la crónica, que persiguió a miles de insomnes desprevenidos. Las pesadillas, anticipo de tantas tragedias, fueron pobladas por las imágenes que se destilaron a través de los versos escritos sobre este episodio. Siglo tras siglo, la mirada glacial acompañada de serpientes, apareció en los sueños horripilantes de los culpables y fue un lugar común en las historias de terror, contadas a la luz de las velas. Así, los sentimientos más horrorosos se revelaron en las tinieblas y fueron congelados en los rincones más profundos de nuestra imaginación. Los incubos se volvían súcubos. Eran los diablos profundos que salían a la superficie. Los marineros descubrieron una criatura marina que producía quemaduras en la piel y su cuerpo gelatinoso, translúcido e informe, se movía gracias a la danza acompasada de sus tentáculos. Las llamaron medusas porque pueden matar a los nadadores incautos que pretenden jugar con ellas o que imprudentemente se sumergen en las aguas infestadas por esos monstruos marinos.

La Medusa o Gorgona, está en los sueños de los niños que quieren volverse adultos y los espanta a través de los peligros que imaginan en la intimidad de sus fantasías. Sólo el héroe Teseo puede rescatarnos de sus influencias maléficas y su ejemplo nos invita a paralizarla con el

espejo de nuestra verdad, con la cual contrarrestamos sus maleficios. Lamentablemente, no todos tienen el espejo de la conciencia. Algunos se espantan con su propia sombra y por ello quedan paralizados por los conjuros del Maligno. Otros, simplemente no quieren ver su propia imagen, aquella que les fue contada en sus propios sueños y quedan condenados a vivir sus pesadillas aun cuando estén con los ojos bien abiertos. Otros más, enervados por las pesadillas diurnas, se adormecen con las pociones de plantas mágicas que producen la falsa apariencia de una noche oscura en medio del día brillante y la noche se vuelve una gruta llena de fantasmas. Su confusión es tal que llegan a ignorar si están dormidos o despiertos. Sólo así, en un acto inverso al pecado original, la Medusa se puede congelar en una imagen que será exhibida en la galería de horrores de la historia.

Todos tenemos la bestia dentro, que puede ser noble o inmundada. Las bestias nobles luchan por la vida, aman el juego y la libertad. Retozan con gusto durante el regocijo amoroso y defienden con rabia la vida de sus hijos. Cazan por hambre y no matan cuando están ahítas. Sobre todo, nunca llegarían al fondo del infierno porque nunca comerían la mano que las alimenta. Las bestias inmundas matan por gusto y retozan al ver las muecas del dolor ajeno. Son impotentes y sádicas en el amor. Pueden matar a sus padres, hijos o amigos y llegan a jugar en forma maléfica hasta comerse la mano que los alimenta. De ahí que Dante las destinó a la parte más profunda del Averno. El espejo en que nos vemos puede ser la inspiración de grandes amores o de odios salvajes. Puede ser la fuerza que nos transporte hacia mundos mejores, pero también puede llevarnos al infierno de nuestra propia destrucción. Por eso es indispensable seguir la senda de Teseo, quien, inspirado por Palas Atenea, la diosa de la sabiduría, tuvo la osadía de salir al paso de la Medusa con el espejo de la verdad. ☒

¹ Ensayo inspirado en el retablo de la Gorgona, pintado por Caravaggio (Michelangelo Merisi da Caravaggio nacido en Milán el 29 de septiembre de 1571 y muerto en Porto Ercole el 18 de julio de 1610) y que está en el Museo de los Uffizi de Florencia.

Gustavo Viniegra González (Ciudad de México, 1940). Médico y biotecnólogo mexicano. Profesor Emérito de la Universidad Autónoma Metropolitana en Iztapalapa. Investigador Nacional Emérito. Es miembro del Concepto Editorial de *Archipiélago*.